

juzgaban por desatención y falta de respeto, principalmente á los sacerdotes) se le ocasionaron algunas persecuciones, y quisieron irle á la mano en lo que él no era señor de sí, no considerando que es imposible que se encienda una mina de pólvora, sin que al reventar haga los movimientos que en Bartolomé hacía el volcan del amoroso fuego que ardia en su corazón y no cabia dentro del pecho.

31. Raros efectos del divino amor! mas no tan raros que no se hayan verificado en otras personas espirituales de la calidad que en nuestro Fr. Bartolomé. El historiador de su vida (49) refiere haber oído contar al R. P. Fr. Juan de San Miguel, sugeto benemérito por sus relevantes prendas de púlpito, y otras naturales y superiores que tuvo, el que hallándose en cierta ocasión en el santuario de Chalma hizo Fr. Bartolomé con él semejante demostración á las que quedan dichas; de la qual él no se escandalizó, pues como tan noticioso sabia que lo mismo habia con otros sucedido, y como conocia el principio de donde provenia no lo extrañaba; pero que habiendo el V. Bartolomé vuelto en sí de aquella enagenación le advirtió diciéndole, que quando le acometiesen aquellos ímpetus procurase retirarse donde no

(49) El P. Francisco Florencia en su descripción histórica del santuario de Chalma.

pudiese executar aquellas acciones que causaban á otros escándalo y daban que decir á algunos. El consejo no pudo dañarle, y fué tan cuerda y discreta advertencia que sin que el padre la hiciera, la executaria el venerable hermano si estuviera en su mano el prevenir su execucion, pues como le venian del cielo estos raptos era necesario que de allá tambien se le anticipara la noticia del tiempo y lugar en que le habian de acometer para poder con anticipación prevenirlos. *Spiritus ubi vult spirat. Et ubi erat impetus spiritus, illuc ferebatur.* (oo) El espíritu que moraba en él soplabá la llama del amor divino quando y adonde queria, y él era llevado con el ímpetu del mismo espíritu, no adonde queria su voluntad, sino adonde la de Dios queria.

CAPITULO VII.

Maravillosos éxtasis que padecía en fuerza de su abstracción, y de su elevada oración.

32. Quando una alma llega á unirse íntimamente con su Dios, de tal suerte anhela por subir á gozar las delicias de aquel sumo Bien, que le son tristemente gravosas las mortales cadenas de su cuerpo: y oprimida de este duro peso se

(oo) Ezeq. cap. 1. v. 12.

aflige, se acongoja y se lamenta, aspirando solo à la total é inseparable union con su soberano Dueño. De estos vivos sentimientos estaba lleno el Apóstol, quando quejándose de la penosa dilacion de su destierro, suspiraba deseando el verse libre de las fuertes ligaduras de su carne para subir à estrecharse eternamente con su amado Jesucristo: y à este grado de union se miraba levantado el abrasado espíritu de nuestro V. Bartolomé, quando transformado todo en su divino Dueño, solo moraba con el cuerpo en la tierra, transportándose su alma à la vida del cielo. Encendido, pues, su corazon à los vivos soplos de la oracion, andaba como atónito y fuera de sentido, hasta dexarse arrebatarse à veces en fuerza de los ímpetus de su abrasado espíritu, con admiracion de los que llegaban à notarlo.

33. No faltan sucesos dignos de atencion que sirvan de prueba à esta verdad. Habian ido al santuario ciertos religiosos à visitar à la santa imágen del Señor, la qual estaba entóncees aun todavia colocada en la cueva misma donde se apareció y estuvo mas de cien años: llevólos el siervo de Dios de la hospederia à la cueva con su acostumbrada caridad y agasajo, como era su estilo con todos los peregrinos que iban al santuario, exhortándolos à que no se dexasen llevar de la curiosidad de solamente ver la milagrosa imágen y cue-

va de su aparicion, ni por solo el recreo y amenidad del parage tan vistoso, sino que enderezasen su viage à la mayor gloria de aquel Señor, que tanto hizo y padeció por nosotros, como lo está diciendo su devota efigie por tantas bocas abiertas, quantas son las lastimosas heridas que manifiesta en su sagrado cuerpo: que de todo lo que adorasen y viesen en aquel ameno sitio hiciesen materia de divinas alabanzas, y diesen por ello à Dios nuestro Señor rendidas gracias. De este modo iba exhortando à dichos religiosos con aquella libertad humilde, modesta y eficaz con que hablan los Santos; quando al llegar al patiecillo que está antes de la entrada de la cueva, con el mismo fervor de la plática que hasta allí habia llevado, y de una materia tan santa le ocupó un arrobamiento de espíritu, de que recobrándose en breve rato à los sentidos, aunque no à su libertad, sin saber los religiosos el como se puso con tanta velocidad desde el patio al altar del Stô. Cristo que no pudieron deliberar, ni se atrevieron à afirmar si habia ido corriendo por el suelo, ó volando por el ayre. Ellos quedaron atónitos y asombrados porque lo vieron llegar tan presto al altar, que les pareció que no podia haber sido sino en un vuelo: lo cierto es, que voló el alma à su centro, aunque hubiese llegado al altar corriendo el cuerpo.

34. Dos cosas deben aquí repararse, la primera, el que siendo su ordinario estilo quando padecia estos arrebatamientos, el abrazarse con la primera persona que veia, no lo hizo en esta ocasion teniendo presentes allí á dichos religiosos; sino que se fué á guarecer del altar de la santa imágen: la segunda, el que respetando tanto su humilde encogimiento á las personas religiosas, principalmente si eran sacerdotes, delante de los quales callaba si no era preguntado; en esta ocasion, sin embarazarle ningun respeto, llegó á hablar y con tal autoridad, siendo para él aquel rato indistintamente lo mismo que el secular el sacerdote. Lo que debemos creer en este caso es, que esta mudanza de estilo en sus ímpetus de espíritu la dispuso Dios para dar satisfaccion á los religiosos de aquella que á ellos pareceria demasia en un lego idiota y humilde, á quienes su estado (aunque sean santos) no les debe dar licencia para dexar de proceder con el debido recato, en dar consejos á las personas de quienes ellos pueden y deben recibirlos. Porque al ver una accion tan extraordinaria, y al parecer mas que humana, qual fué trasladarse en un punto desde el pátio á el altar, de tal suerte, que quando advirtieron que se apartaba de entre ellos, le vieron ya dentro de la cueva, y puesto á los pies del Sagrado Crucifixo: al ver, pues, esto caerian en

la cuenta del errado concepto, que de su espíritu habrian tal vez comenzado á formar, y conocerian que el mismo Señor Todopoderoso, que lo llevó casi por el ayre, tan aceleradamente á vista de ellos, le habria tambien movido la lengua para que les diese tan saludable y santo consejo, pues sabe y usa su divina Magestad con alta providencia el tomar por instrumento à los idiotas, para instruir à los doctos, y valerse de los mas ignobles y contentibles para confundir à los mas elevados en puestos y dignidades.

35. Pero sea esta ó la otra causa de las cosas que Dios hace con sus siervos, bástenos el ver los efectos sin averiguar los motivos para alabarlo y bendecirlo. La oracion de este admirable varon, aunque no sabemos de él como fué, podemos á lo ménos de ella misma rastrear, que fué de las perfectísimas y señaladísimas que Dios comunica á las almas que deveras se entregan á su servicio. Vieronle puesto en cruz (modo muy ordinario suyo para orar) elevado del suelo muchas veces, y arrobado, teniéndose de la tierra solo con las extremidades de los dedos de los pies. Muchas ocasiones en el coro y en la iglesia, y en otros sitios de los conventos lo arrebatava la fuerza del sumo Bien que contemplaba y lo levantaba en el ayre. En cierta ocasion oyendo misa (asistia á ella con tanta devocion, que algunas personas aseguraban

que mas les movia el verlo oír misa, que el oír un sermón) al entonar el sacerdote: *Gloria in excelsis Deo*, se le fué à la gloria el espíritu todo arrebatado en Dios, y como el fuego del amor levantaba la llama, se llevó esta hacia arriba al cuerpo con el espíritu, elevándose como una vara de la tierra.

36. En otra ocasion yendo de camino y fatigado de él, quiso dar á su alma un refresco y una refaccion á la mula en que iba: echóla á pacer en la grama, y el se puso en oracion debaxo de unos árboles, apartado buen trecho del camino. Pasaba por él un religioso descalzo del orden Seráfico, el qual viendo á la mula que estaba paciendo, discurió que por allí cerca estaria su dueño; miró por uno y otro lado, y no viendo á persona alguna, levantó los ojos à lo alto y vió (¡que prodigio!) al siervo de Dios elevado en el ayre, y suspenso: detúvose el religioso con la admiracion que dexa entenderse, viendo tan prodigioso caso, y quedóse aguardando por largo tiempo que duró el éxtasis, y habiendo cesado este, y vuelto al suelo el venerable varon, y restituido á sus sentidos, se llegó el religioso á él, y sin darse por entendido de lo que habia visto, le dió un estrecho abrazo y le besó la mano, pidiéndole con lágrimas y mucha confusion lo encomendáse à Dios. En otra ocasion como esta lo hallaron

unas personas (quienes despues lo testificaron) levantado en el ayre mas de dos horas.

37. Estando en el santuario una piadosa muger en novenas, oyó à las doce de la noche en la cueva del Santo Cristo una música celestial: quedóse como fuera de sí por un gran rato, admirada de oír música tan suave y tan distinta de las de por aca; despues llamó à su marido, que aun estaba durmiendo, y habiendo despertado le persuadió ella que oyese aquella música tan armoniosa; pero él no pudo oírla, porque quizá no debia de tener tan abiertos como ella los oídos del alma: levantóse la muger, y yendo á la santa cueva y registrando con los ojos por las rejas de las puertas vió à Fr. Bartolomé puesto en oracion, y persuadióse ser él á quien daban sin duda aquella música los ángeles en pago de la suave harmonía que daban al Señor sus virtudes.

38. El P. Fr. Juan de S. Josef ya referido, afirma en los apuntes que dió de la vida del siervo de Dios, que estando en una ocasion oyéndole hablar de cosas de espíritu como solia, aunque con mas fervor que en otras, le pareció que del rostro le salian muchos resplandores: y prosiguiéndole à mirar ya con acto reflexo para examinar si era engaño de la vista ó antojo de la imaginacion, al fin se cercioró y aseguró de que eran resplandores los que de él salian, y que su

cuerpo estaba casi levantado en el ayre y solo tocando la tierra con las extremidades de los dedos de los pies: así prosiguió por mas de media hora, hasta que desfalleciendo el miserable cuerpo con el fervor de su espíritu, cayó de su estado con tanto ímpetu que no pudiendo tenerlo, dió con el hombro siniestro en una peña; y creyendo el P. Fr. Juan que con la fuerza del golpe se habria quebrado el brazo ó lastimado mucho, acudió à levantarle y vió que ni el menor daño habia recibido, ni en el brazo ni en otra parte del cuerpo, poniendo Dios, como lo tiene prometido, su mano blanda y suave para que cayendo sobre ella no reciban ofensa, ni se lastimen los que estan al cuidado de su providencia. Pero para que se viese que aquello no habia sido acaso natural, se le rompió con el golpe toda la manga del hábito: y habiendo vuelto en sus sentidos dixo: alabemos à Dios hermano; y diciendo luego, alabado sea el Santísimo Sacramento, le mandó que se fuese á recoger. El P. Fr. Juan, cuidadoso de su salud le preguntó; si se habia lastimado? Entónces él, como extrañando la pregunta, dixole: ¿de qué? A lo que el P. Fr. Juan reproduxo: de ese golpe tan grande que acaba de recibir en esas peñas porque á mi me pareció se habria maltratado mucho. Respondió entónces el venerable hermano: no, bendito sea Dios. Y para que se vea quan fue-

ra de sí estaba quando recibió el golpe, al dia siguiente advirtieron el rasgon que tenia en la manga del hábito, le preguntó al dicho compañero, ¿què donde se le habia roto de aquel modo el hábito? Respondióle, que en las peñas donde la noche antes habia caído. Volvió él entónces à dar gracias á Dios, y le pidió cosiese aquella rotura.

39. Vinieron cierta ocasion unos hombres en romería al santuario, y habiéndoles Fr. Bartolomé platicado de Dios, como acostumbraba, se fervorizó en la plática de suerte, que dando un grande clamor con que atemorizó à los oyentes, se arrebató en espíritu y puesto en cruz todo elevado en Dios, quedó fuera de sentido: les causó tanto horror à los peregrinos aquella novedad, que se salieron de la cueva los mas de ellos, quedando solos dos, quienes vieron que con la fuerza del éxtasis se le habia reventado el cinto del hábito, y habiendo vuelto en sí despues de gran rato cerró la puerta de la cueva, como solia en tales ocasiones, y se quedó solo con Dios en oracion por quatro horas.

40. Estando una vez en el convento de Malinalco los padres del mismo convento tratando con el siervo de Dios cosas de espíritu, se arrebató subitamente, y habiendo vuelto en sí despues de un rato, se retiró al coro á gozar, como de ordinario lo hacia, con espacio las reliquias de estos

favores, y estando ya en él oyeron los del convento estremecerse y cruxir la sillería del coro, y acudiendo los religiosos al ruido, hallaron al venerable hermano en fervorosa oracion todo transportado en Dios, y por no inquietarlo lo dexaron y se persuadieron que aquel cruxir y estremecerse las sillas del coro, sería alguna lucha que con él tendrían los demonios, que envidiosos de su felicidad quisieran probar sus fuerzas visiblemente con él, ya que no podían contrastarlo con invisibles asaltos de su infernal astucia.

41. Otra vez yendo en la procesion de candelas el dia de la Purificacion de nuestra Señora en el mismo convento de Malinalco, al salir de la iglesia con su candela en la mano para la propia ermita, se quedó arrebatado y suspenso en el lugar donde le cogió el éxtasis, sin ver ni sentir la gente que en numeroso concurso iba pasando. Anduvo la procesion todo el pátio, y volviendo ya á la iglesia mandó el P. Prior que iba revestido en la procesion, á un religioso que fuese á ver en que estado estaba, y que haciéndolo volver en sí le intimase por obediencia se retirase de la procesion y del concurso. Habiendo llegado el religioso le asió de la manga, y tirando de ella con grande fuerza, le hizo volver á sus sentidos; intimóle la órden del prelado, y al punto se cubrió con la capilla y se fué para el coro, califican-

do su buen espíritu con la puntual obediencia á su prelado.

42. En el domingo quarto de Quaresma por la mañana sucedió haber un espantoso temblor, estando en oracion el siervo de Dios en el coro, y fué tanto el ruido y estrago que hizo el terremoto en las bóvedas de la iglesia, que acudiendo el P. Fr. Melchor de Zúñiga, prior de dicho convento, y yendo al coro á ver si se habia demantelado la iglesia, encontró al siervo de Dios en profunda y quieta oracion, enagenado de los sentidos. Dióle grandes voces diciendo, que se abrian las bóvedas y se caia la iglesia, y que ya se veia la luz del sol por las hendeduras; y no atreviéndose á quedar en el coro se fué de allí huyendo, y el siervo de Dios se quedó en su oracion tan quieto como antes, porque ni oyó las voces del P. Prior, ni los clamores y ruido de todo el convento, ni sintió el alboroto del pueblo, que en semejantes casos suele ser de tanta gritería y algazara, que se hace oír de muy lexos; ni lo que es mas, los pedazos de costras de cal que de las bóvedas caian sobre él, de que tenia muchos en la cabeza, en los hombros y en todo el cuerpo; ni las piedras que de las aberturas del techo caian con grandes golpes y extrépito en el pavimento de la iglesia; ni el cruxir espantoso de la sillería del coro: nada de esto fué bastante á despertarle.

del sueño quieto y suave en que los sentidos dormían, y el alma velaba delante de su Dios. Después de haber andado el P. Prior dando providencias en las cosas del convento, á gran rato volvió al coro cuidadoso de Fr. Bartolomé, y lo halló todavía en su oracion sin haber visto, ni oído, ni sentido cosa alguna de las que habían pasado en el trance horroroso del temblor, y volviéndolo á dexar en su santo exercicio y quietud como antes, se retiró diciendo lo del salmo: cierto voi de que no ha de recibir daño alguno este siervo del Señor, ni este azote de la justicia Divina llegará á las puertas de su casa, porque á sus ángeles tiene encomendado que lo guarden en qualquiera parte que se halle.

43. Después de referir el P. Fr. Juan de San Josef este admirable caso concluye diciendo. „Esto es lo que en semejantes casos se vé y se oye; lo que él oiria y sentiria allá dentro en su alma, eso no cabe en historia, ni lengua de carne lo puede ni acierta á decir. De esta manera lo ví algunas veces en su cueva, y estando enfermo en Toluca en la casa de un bienhechor suyo, en que retirado del aposento en que moraba á otro mas interior en que estaba una imágen de nuestra Señora, y allí puesto en tan alta contemplacion no tenia sentido para oir hablar, ni para sentir el ruido que hacian quando forzosamente entraban

á sacar algo ó abrir alguna caxa, transportado en un dulce sueño de gloria donde el alma se llevaba tras sí el cuerpo, y quisiera con la fuerza que ponía llevarlo adonde lo llevaba el amor.”

44. La vida inculpable de tan exemplar varon era abono seguro de estos éxtasis, y mas el cuidado y diligencia que ponía en resistirlos, y la fuerza que se hacia para embarazarlos; pero como no estaba en su mano el que algunas personas principalmente religiosas y eclesiásticas (á vista de aquella devotísima imágen de Cristo crucificado que está brotando ternuras) no pudiesen hablar de las finezas de Dios con los hombres en su encarnacion, en su pasion y muerte, y en la institucion del augusto sacramento de la Eucaristia; tampoco estaba en su mano el que estas centellas de divino amor no prendiesen en su corazon, dispuesto para encenderse y abrasarse en el fuego divino: y en habiendo prendido, no podia ménos que arrebatarse, y quedar absorto delante de aquellas mismas personas, quedando á vista de estas con un exterior tan devoto, tan modesto, tan apacible y tan hermoso que edificaba, enternecia y excitaba á alabar al Señor, que tan claramente obraba en él tales maravillas. Según era la contemplacion, así solian tambien ser las señales de ella manifestadas en el semblante. Aquellos clamores que daba, ó serian de sentimiento de sus culpas; ó

de las ajenas, viendo á un Dios infinitamente bueno, y tan sumamente amable, con tantas ingratitudes ofendido: aquel prorumpir en júbilos extraordinarios, en una risa alegrísima y modestísima, serian efectos del bien que gozaba, y del amor que el Señor se dignaba mostrarle, lo qual era una anticipada posesion de los júbilos y alegría eterna de la bienaventuranza: aquel quedarse á veces inmóvil, suspenso, y sin mas accion de vida que las lágrimas, que con un suavísimo silencio corrian de sus ojos como las aguas de Siloe: todo esto, ciertamente, seria un pasmo y admiracion: un asombro y espanto amoroso de lo que Dios es, aun conocido por espejo y en enigma: y de lo que será visto claramente segun lo ven y lo gozan como es en sí los bienaventurados en las delicias de la pátria.

CAPITULO VIII.

Del modo de su oracion, y eficacia de ella.

45. **P**or quanto el Señor es absoluto dueño y árbitro de todos sus dones, y los reparte á quien quiere, como, y del modo que dispone su sabia providencia; por tanto, los comunica á las almas que ha escogido para sí, con la economía y medida que halla por mas oportuna y conveniente á su gloria. No á todos llama por el camino de

una vida interior y contemplativa; pero aun á los que llama, deposita en ellos los carismas y gracias en formas muy diversas: á unos trae por la áspera y fragosa senda de una dilatada purgativa; á otros ilumina de repente y los coloca en la alta esfera de una perfecta unitiva: á unos se les esconde y dexa vaguear con pie incierto por la obscura noche del espíritu; á otros se les manifiesta y los llena de luces y celestiales conocimientos: á unos los prueba con la dura corteza de los desamparos y sequedades interiores; á otros los regala con la leche y suavidad de espirituales consolaciones. Por tan distintos caminos conduce el Señor á sus escogidos, llevándolos por el sendero ordinario, que es el santo exercicio de la oracion: esta fué la que traxo, no se si volando, ó por sus pasos contados á nuestro héroe, hasta la elevada esfera en que hasta aquí lo hemos considerado. Del modo de oracion de este extático varón no se yo quien podrá decir con acierto, si él que fué el testigo único de lo que Dios le comunicó, no lo dexó escrito, como parece que no, pues no se encuentra nada escrito de su mano. Aunque segun relaciona el ya citado R. P. Florencia, historiador de su vida, asegura que hablando sobre esta materia con el R. P. Mrô. Fr. Josef de Sicardo, procurador de las informaciones de su vida y virtudes, hechas en México en el